

# El totalitarismo de izquierdas

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JOSÉ LUIS PINILLOS DÍAZ (\*)

El totalitarismo contemporáneo —un fenómeno cuyas implicaciones morales y políticas no es preciso subrayar— tiene naturalmente infinitas descripciones y explicaciones posibles. La perspectiva psicológica en que se sitúa este trabajo no es, por descontado, sino una de las muchas que hay en juego, y si la he antepuesto a las demás se debe quizá a que me es más familiar que otras, y también a que se apoya sobre medio siglo largo de investigaciones psicométricas con una cierta continuidad de teoría y método. En cualquier caso, lo limitado de mi opción hace imprescindible unas palabras introductorias que la enmarquen en un contexto de mayor amplitud. También debo decir que el hecho de referirse precisamente al totalitarismo de izquierdas tiene su razón de ser en el escamoteo sistemático que se hace del tema, a base de darle constantemente cuerda al autoritarismo de derechas. Así, pues, para variar, esta vez dirigiremos nuestra atención especialmente al costado siniestro del problema, dentro de lo que lo permite el vacío bibliográfico al respecto.

## EL FONDO DE LA CUESTION

Muy resumidamente, yo entiendo que el totalitarismo no es una dictadura o un autoritarismo sin más, un mero tener a un país en un puño, por la fuerza de las armas o del caciquismo, por la coacción económica o de cualquier otro signo. El totalitarismo es todo eso y mucho más: es ante todo *sistema*. El régimen totalitario es un sistema político autoritario que confisca las libertades de la sociedad y

---

(\*) . Sesión del día 22 de enero de 1985.

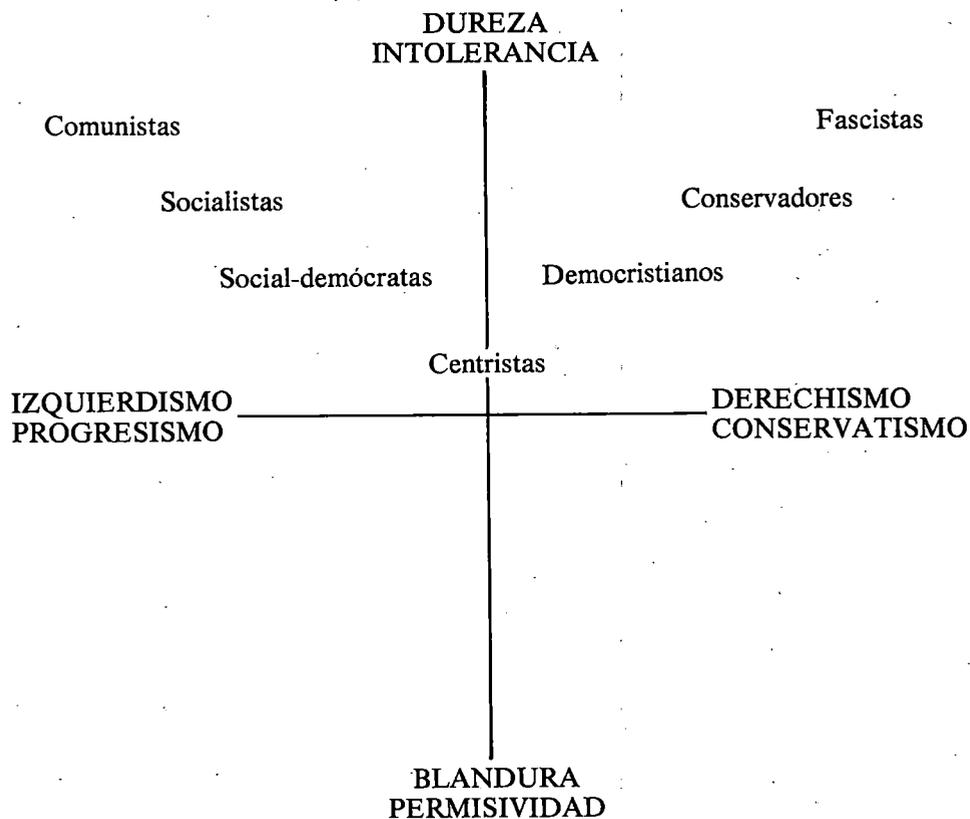
suplanta su iniciativa, en nombre de unos principios dogmáticos que impone a todos en todo, es decir, en todos los aspectos importantes de la vida. En suma, la esencia de lo totalitario consiste en conferir al absolutismo político un carácter sistemático, instrumentando la imposición de unos principios totalizantes que se superponen a la espontaneidad diversificadora de la vida y la encauzan, *a fortiori*, conforme a unas directrices previas, deducidas de la doctrina, y también de la conveniencia del aparato dominante.

Ahora bien, es claro que en un sistema de este tipo cabe distinguir por lo pronto dos cosas. De un lado, el contenido doctrinal del dogma político: cuyo signo no tienen que ser necesariamente, ello es obvio, de derechas. Por otro lado, la voluntad política de imponer o no por la fuerza el contenido de tales principios. En otras palabras, en el fenómeno totalitario es menester distinguir el contenido doctrinal, que puede variar de signo, del modo de instrumentación que se adopte para la realización de la doctrina, y que en el totalitarismo ha de ser por definición un procedimiento impositivo total, sin margen para las excepciones, ni piedad para las resistencias. A última hora, por decirlo de algún modo, *el totalitarismo es un régimen político en el que la vida del ciudadano y de la sociedad es deducida de los principios del sistema.*

En definitiva, y como quiera que sea, lo evidente es que el contenido doctrinal del totalitarismo no tiene por qué ser necesariamente de signo conservador. De hecho, si uno repasa mentalmente el panorama de los regímenes totalitarios del mundo actual, prevalecen abrumadoramente los sistemas marxistas, de los que ciertamente no se puede decir que sean de derechas. Hay totalitarismos de derechas, pero sobre todo los hay de izquierdas. Nocionalmente, pues, es preciso ordenar este universo político con arreglo, cuando menos, a dos dimensiones de variación. Una de ellas, la clásica, de carácter doctrinal, a lo largo de la cual sea posible ordenar, más o menos, los partidos políticos de izquierda a derecha, según su grado de conservatismo o de progresismo. Otra, de carácter instrumental, donde los regímenes puedan ser jerarquizados según los grados de libertad que toleran a sus ciudadanos o, dicho de otra forma, según los niveles de prepotencia y dureza que caractericen su actuación disciplinaria sobre la sociedad. Signo conservador o progresista, grado de permisividad o intolerancia son, pues, los cuatro polos que marcan las coordenadas que dimensionan, siquiera elemental y provisionalmente, el universo político del totalitarismo.

Qué sea lo progresista o lo conservador, lo revolucionario o lo reaccionario, es cuestión que en este supuesto psicológico puede quedar en un segundo plano. Lo que aquí interesa señalar a este respecto es que semejante dimensión doctrinal, progresista-conservadora, suele definirse de ordinario por medio de escalas de actitudes sociales primarias —como las pioneras de Thurstone o Ferguson, o las más recientes de Eysenck y Wilson—, que definen el continuo de variación política en

términos de dos polos opuestos, uno de los cuales es favorable al internacionalismo; el aborto, el pacifismo, el igualitarismo y el ateísmo, vaya por caso, mientras el opuesto lo es a lo contrario, es decir, al nacionalismo, el derecho a la vida del *nasciturus*, la institución militar, la patria, la raza, la clase social y la religiosidad. Dado, sin embargo, que esta ordenación tradicional presenta serios inconvenientes —contradicciones internas tales como que el partido comunista puede ser muy avanzado en lo económico, pero al mismo tiempo muy reaccionario en lo relativo a las libertades y la pena de muerte, pongamos por caso—, algunos psicólogos factoristas pensaron que se podía agregar al sistema clasificatorio una segunda dimensión de ordenación de las actitudes políticas, a saber: *una dimensión referente al modo de instrumentación de la doctrina política, ajena al signo derechista o izquierdista de la misma.*



Distribución de grupos políticos en el sistema bidimensional de Eysenck. La abcisa representa la dimensión de variación doctrinal de los partidos. La ordenada representa el grado de autoritarismo con que éstos instrumentan sus respectivas doctrinas.

De acuerdo con esta doble ordenación, que se representa esquemáticamente en la figura adjunta, resulta posible entender cómo un mismo partido político puede estar situado muy a la izquierda en la primera dimensión del sistema —en la dimensión doctrinal—, y muy del lado conservador en la segunda, esto es, en la que recoge el grado de permisividad o intolerancia respecto del modo de realización de las ideas. Dentro de un sistema unidimensional, el embrollo sería insoluble. Hasta cierto punto se resuelve, no obstante, si se opera con un sistema bidimensional como el propuesto por Eysenck, según el cual la variación a lo largo de la dimensión *izquierda-derecha* es independiente —ortogonal— de la variación de arriba abajo en la dimensión intolerancia-permisividad o, más exactamente, *dureza-blandura*. De este modo, resulta posible ser progresista en la orientación doctrinal y autoritario en la forma de imponerla, o, por el contrario, ser conservador en las ideas y liberal en el respeto a los que no las comparten. Por lo demás, es obvio que la figura del despotismo ilustrado no es nueva en la historia de España. Como quiera que sea, sin embargo, lo definitivo es que por esta vía cabe conceptualizar el totalitarismo tanto en clave reaccionaria, que es lo habitual, como en clave revolucionaria o de izquierdas, que ya no lo es tanto.

Con ello, naturalmente, no se ha resuelto todo. Muy posiblemente, la independencia de la dimensión doctrinal y de la dimensión instrumental dista de ser absoluta. No es del todo seguro que la segunda dimensión del sistema se explique en términos exclusivamente biológicos, temperamentales, ni tampoco parece probable que el autoritarismo de derechas sea idéntico al de izquierdas, sin otra diferencia que el signo de las ideas a que sirve. Sin embargo, la dualidad de dimensiones permite hablar con cierta propiedad de una personalidad, o cuando menos de una actitud autoritaria, que puede acampar a una u otra mano del espectro político. Ser totalitario no significa necesariamente ser de derechas, ni de ultra derecha. Más bien ocurre hoy lo contrario. En cualquier caso, esbozado ya el fondo de la cuestión, expondré sumariamente las principales trayectorias que ha seguido la psicología interesada en el tema. Comenzaré refiriéndome a la tipología de los hermanos Jaensch.

## LA TIPOLOGIA NAZI

La principal aportación de la caracterología alemana al tema que nos ocupa procede, como es sabido, de la obra de los hermanos Jaensch, principalmente de Erich, médico y psicólogo nazi, competente aunque perturbado, que habría de influir en las posteriores investigaciones del equipo de Berkeley sobre la personalidad autoritaria.

Dicho con toda brevedad, Erich Jaensch (1) describió, mediante numerosas pruebas perceptivas, psicofisiológicas y caracterológicas, dos tipos básicos de per-

---

(1) E. JAENSCH, *Der Gegentypus*. Barth, 1938.

sonalidad —subdivisibles luego en subtipos que no hacen ahora al caso— que denominó respectivamente *integrado* y *desintegrado*. El tipo integrado, que encarnaba el paradigma del hombre ario, nacional socialista y vanguardia del *neue Ordnung* europeo, se caracterizaba por una percepción realista, atendida al entorno tal cual, por un fuerte eidetismo, una imaginación reproductora firme y fiel, libre de fantasías románticas o decadentes, a la vez que por una organización estable de sus funciones cognitivas y afectivas, por su masculinidad e inclinaciones deportivas, por su lealtad y buen ajuste social, así como por la posesión de un claro instinto para las cuestiones substanciales de la vida, más que por una inteligencia teórica brillante, capaz, sin embargo, de perderse en sutilidades o matices accidentales y de extrañarse en lo fundamental. A la postre, el tipo integrado descrito por Jaensch, encarnación del arquetipo germánico nazi, ejemplo de fidelidad intuitiva a los destinos de la raza aria, se oponía al *contrario*, al *Gegentypus* o tipo desintegrado de origen judío y urbano —en vez de ario y rural—, decadente y liberal, que venía a ser como el reverso de la medalla del *homo germanicus*. Subjetividad de la percepción, labilidad de una fantasía alejada de la realidad, flexibilidad e inventiva de un pensamiento especulativo, independiente de su entorno, propensión a las sinestesias, feminidad de carácter, volubilidad del propósito, organización laxa, flexible y teórica de las funciones cognitivas, a la par que cierto refinamiento cultural e intelectualista serían, en suma, los rasgos distintivos de este *Gegentypus*, de este negativo del tipo integrado que tanto encajaba con el totalitarismo nazi.

A la postre, como bien advirtiera Else Frenkel-Brunswik, el tipo nazi integrado resultó ser una anticipación bastante acertada de la personalidad autoritaria de ultraderecha, descrita algunos años después por Adorno y sus colaboradores, en la célebre monografía de 1950 (2). Naturalmente, la valoración política del tipo integrado —dependiente de campo lo llamaríamos tal vez hoy— difería diametralmente, según los jueces fueran alemanes nazis o judíos norteamericanos. Para los primeros, *der integrierte Typus* representaba la suma y compendio de las virtudes del superhombre ario, destinado a salvar al pueblo alemán de sus previos errores. Para los segundos, en cambio, es claro que ese tipo de hombre venía a ser algo así como el rigor de todas las desdichas posibles.

Lo curioso del asunto es que el equipo de Berkeley, cuyas vinculaciones con la escuela de Frankfurt no es necesario subrayar, se limitó a investigar el tipo autoritario de derechas —lo cual por otra parte era perfectamente explicable, dadas las circunstancias—, pero eludió cuidadosamente el problema del *Gegentypus*, esto es,

---

(2) T. ADORNO y otros. *The Authoritarian Personality*. Harper, 1950. La bibliografía al respecto es abundantísima. Hay revisiones clásicas como las de Christie y Jahoda, o Kirtscht y Dillehay, muy útiles para poner orden y forma en este complejo campo. Existen también estudios españoles, entre ellos un «Análisis de la escala F en una muestra española», publicado por mí en 1962, en la *Rev. de Psicología Gral. y Aplicada*, núm. 70, págs. 1155-1174, y por lo menos dos tesis doctorales, de R. Burgaleta y F. Ovejero, respectivamente.

el problema del tipo desintegrado, permisivo, fantasioso, teórico, brillante, «decadente y liberal» que, en principio, debería representar la clientela psicológica de la democracia. Adorno y sus colaboradores elaboraron la célebre escala F —de potencialidad o inclinación psicológica al fascismo—, pero silenciaron la posibilidad de hacer lo mismo con una eventual escala L, de predisposición al liberalismo. Simplemente aluden de una forma esporádica a los sujetos con una baja puntuación en la escala F, pero eso es todo. Se da por supuesto que el autoritarismo es por definición un vicio político de la derecha, se alude a los sujetos que no son autoritarios, pero ni por asomo se contempla, creo recordar, la eventualidad de que la izquierda pueda estar tocada del infamante vicio autoritario. Por increíble que parezca, la política occidental de los últimos treinta o cuarenta años ha estado nutriéndose de ese inmenso sofisma, que ha tenido contra las cuerdas a una derecha temerosa de gobernar, no fuera a ser que se la acusase de autoritaria, esto es, de fascista. Hubo excepciones, desde luego, pero la tónica fue, sin duda, la que digo. Lo exasperante de Reagan y de Mrs. Tacher para la izquierda actual es que han demostrado con los hechos que se puede ejercer la autoridad sin ser fascista, siendo demócrata, y de paso han puesto al descubierto que el pecado totalitario se comete hoy sobre todo en las dictaduras de izquierdas, que son legión y marxistas casi todas ellas.

En todo caso, es evidente que la historia de la cuestión obliga a que el análisis del totalitarismo de izquierda vaya precedido de una previa revisión del tema en su versión fascista.

## LA PERSONALIDAD AUTORITARIA

En el estudio ya citado de Adorno influyó, según parece, la caracterología política de Walter y Erich Jaensch, aunque asimismo contaron, y mucho, los trabajos de Thurstone y de Ferguson sobre las actitudes sociales, las investigaciones americanas sobre el prejuicio racial y, muy especialmente, el neofreudismo de la escuela de Frankfurt, con su toque criptomarxista para consumo USA (3).

Las primeras ideas de Freud sobre la autoridad se hallaban inscritas en un marco naturalista, en una concepción ahistórica de la vida humana, que pretendía dar cuenta del comportamiento en términos de unas constantes biopsíquicas universales, relegando a un segundo lugar los factores socioculturales. Las relaciones del hombre con su entorno político, moral, religioso, etc., se explicaban a partir de unas

---

(3) Desde un punto de vista psicodinámico, es excelente la discusión del problema de la autoridad que presentan F. Weinstein y G. M. Platt, en el volumen *Psychoanalytic Society* (The Johns Hopkins Univ. Press, 1973). Desde la perspectiva de la teoría de la atribución, abundan últimamente los trabajos que retoman la idea del tipo integrado, o más bien la redescubren espontáneamente, llevándola al terreno del *locus* del control, de la dependencia de campo, del conformismo y la reactividad (Biondo y MacDonald, 1971; Klandermans, 1983; Paulhus y Christie, 1981; Phares, 1965; Rotter, 1966, etc.).

pulsiones intrapsíquicas inmodificables y abocadas fatalmente a generar un complejo edípico, esto es, el deseo parricida e incestuoso de eliminar al padre para poseer sexualmente a la madre. Las estructuras sociales, y la autoridad, habrían evolucionado, pues, como una defensa contra la realización de ese sempiterno deseo, adoptando formas diversas, de represión, renuncia, condena, sublimación o síntoma, siempre reactivas al hecho primordial —*das Unheimliche*—, esto es, al asesinato del padre, cuyos vestigios se transmitirían genéticamente por los siglos de los siglos, según un concepto lamarckiano de la herencia. En pocas palabras, *el enfrentamiento paterno-filial, el drama edípico sería inevitable y decisivo para entender el problema de la autoridad*. El retorno a la conciencia de los contenidos edípicos reprimidos, y la necesidad de mantenerlos a raya para hacer viable la convivencia, constituirían a la postre los elementos básicos del conflicto humano y el fundamento explicativo de los ataques a la autoridad y a la moral sexual, inevitablemente seguidos de la restauración triunfante de ambas. En el fondo, el proceso psicológico sería siempre el mismo y los cambios sociohistóricos no pasarían de ser epifenómenos, alteraciones secundarias sin ningún poder causal. Frente al aparente progreso de la historia, lo decisivo sería la necesidad imperturbable de la naturaleza. Lo básico sería la fuerza, no el sentido.

Gradualmente, Freud fue concediendo mayor importancia al elemento sociocultural, aunque muy especialmente a la familia. Lo psicosocial fue abriéndose paso poco a poco frente a lo psicosexual y, en la segunda tónica freudiana, la aparición de las estructuras yoicas significa un cambio de perspectiva, donde el acento se pone más en las fuerzas represoras del ego que en las reprimidas del id; así, el énfasis pasa de la libido a las relaciones objetales, de la realidad interior a la exterior, del conflicto intrapsíquico a la adaptación al medio. No obstante, este giro llegó tarde y Freud se limitó a dejarlo apuntado. Lo que principalmente significó para nuestro problema es que las regresiones psíquicas podían conceptuarse alternativamente en términos psicosexuales clínicos —formas anales de neurosis obsesivas, depresiones sádico-orales, etc.—, y también en términos de relaciones objetales, esto es, de relaciones de *identificación y apego* a figuras y sistemas de autoridad tales como habrían de ser el Führer y el nacional socialismo. Las situaciones históricas transcribirían así las motivaciones individuales intrapsíquicas y contribuirían a determinar, de una forma real y efectiva, conductas similares en grupos humanos muy numerosos. Dicho de otra manera, la cultura influiría en toda la personalidad, incluidos sus niveles pulsionales más profundos, o sea, el ello y su sombra despótica.

Postfreudianos como Marcuse y Erikson tiraron de este segundo hilo analítico en sus reflexiones sobre el autoritarismo, aunque fueron Adorno y sus colaboradores quienes más a fondo investigaron el problema. Estos autores trataron inicialmente de poner en conexión el prejuicio racial con un síndrome general de

intolerancia política, identificable a su vez con el fascismo. Este síndrome obedecería a la clásica pauta psicoanalítica de resolución sadomasoquista del complejo de Edipo, por virtud de la cual el individuo se adaptaría al medio por la vía de la obediencia y de la subordinación a la autoridad, a una autoridad idealizada, con la que se identificaría para prevenir los posibles castigos. Esta sumisión a la autoridad del padre y de la madre comportaría la represión del odio a la figura paterna y del amor a la materna, que a su vez provocaría un convencionalismo afectivo, una rigidez y falta de espontaneidad, una necesidad de esquemas claros, que irían naturalmente acompañados de la proyección o atribución a otros de lo reprimido en uno mismo. La agresividad reprimida y los sentimientos incestuosos se proyectarían así sobre los que aparentemente representan los defectos que uno debe negar en sí mismo. Para este tipo de personalidad, el autoritarismo fascista representaría la gran tentación. Concretamente, entre las características más distintivas de este tipo de personalidad autoritaria, se acostumbran a citar las siguientes:

- 1) Sumisión a la autoridad, idealización del líder.
- 2) Agresión al inferior, compensatoria de la sumisión al superior y acompañada del correspondiente proceso de vilificación del de abajo.
- 3) Admiración por la violencia y la fuerza (*Wille zur Macht*), a la par que desprecio por el pacífico y el débil.
- 4) Cinismo, baja opinión acerca de la naturaleza humana en general, compensada generosamente por la idealización del propio grupo y sus mesías.
- 5) Rigidez perceptiva e intelectual, intolerancia de las situaciones ambiguas, simplificación de los análisis en términos de buenos y malos, propensión a las dicotomías y extremismos, al uso de estereotipos, a la intransigencia y al fanatismo.
- 6) Etnocentrismo, prejuicios raciales, políticos y religiosos fuertes, fronteras muy marcadas entre el *ingroup* y el *outgroup*, xenofobia, fanatismo étnico.
- 7) Superstición, proyección paranoide, creencia en las fuerzas ocultas y en poderes sobrenaturales que controlan la vida del hombre; *locus* del control externalista, procesos de atribución irracionales.
- 8) Excesiva preocupación por lo sexual.
- 9) Convencionalismo moral, rechazo drástico de las ofensas contra las costumbres y la tradición, con frecuencia por la vía de la acción directa.
- 10) Anti-intrapección, bloqueo de la introspección, miedo a la voz de la conciencia, menosprecio de la intimidad y de los sentimientos humanitarios, realismo prosaico, falta de lirismo.

En pocas palabras, las ideologías fascistas encontrarían sus adeptos de base más entusiastas entre personas caracterizadas por la posesión de la totalidad o de parte de semejantes rasgos. De hecho, la existencia de un síndrome similar al apuntado en los diez puntos anteriores se ha comprobado, con las variantes de rigor, en cerca de un millar de investigaciones —factoriales muchas de ellas— realizadas en numero-

esos países, entre ellos en la España de los años cincuenta y también de la última década. Según Adorno, el origen del síndrome autoritario habría que situarlo en el seno de una familia tradicional rígida, punitiva y supercontrolada, en la que tanto las metas de la conducta permitida como los medios de alcanzarlas estuvieran sancionados por un sistema inflexible de premios y castigos, encarnado en un padre consistente, coherente y tenaz en su postura. Por el contrario, Marcuse creía que el origen del autoritarismo había que ponerlo en la falta de control, esto es, en el influjo de una familia permisiva, donde el padre no representa la dura realidad exterior y pasa por la vida sin pena ni gloria, sin ser fuente de conflicto con los hijos, ni tampoco una figura idealizada. Carente de un arquetipo paterno con el que identificarse, de una figura inmediata que interiorizar, el niño aprehendería entonces sus claves y directrices por referencia al entorno extrafamiliar, es decir, conformaría su conducta con arreglo a la autoridad de modelos sociales, propuestos por los medios de comunicación, asumiendo así el rol de hombre masa dirigido por el control remoto de la propaganda, o sea, lo típico de la carne de fascismo, según el distinguido autor de *El hombre unidimensional*, que evidentemente idealizaba la mentalidad de otras carnes políticas no menos manipulables que las fascistas.

Aunque absolutamente opuestos en su interpretación de los orígenes de la personalidad autoritaria, tanto Adorno como Marcuse muestran, sin embargo, las huellas de su común origen frankfurtiano, en dos cuestiones centrales. De una parte, uno y otro reducen lo social fundamentalmente a la familia —verdadera rémora para la transformación de las estructuras—, a la par que por otro lado, como es lógico, el influjo de la familia es de índole regresiva, igual que lo es el *miedo a la libertad* descrito por Erich Fromm. Es cierto, desde luego, que el psicoanálisis sociocultural postfreudiano, más centrado en las estructuras yoicas y en las relaciones objetales que en las fijaciones de la libido y en las pulsiones del ello, pretendió dilatar el ámbito de lo social más allá de la familia —sobre todo, Fromm— y a la vez buscó también una salida progresista, no regresiva, al conflicto entre la sociedad y el instinto. Tal fue el caso del psicoanálisis humanista de Fromm y, por descartado, el de Erik Erikson, que supuso que la biografía de los grandes líderes —Lutero, Gandhi— servía para codificar y expresar la experiencia popular a un nivel legitimador de la rebeldía contra el orden establecido, esto es, servía para abrir espacios históricos progresivos y no meramente reaccionarios.

De todas maneras, el camino empírico fuerte de todas estas investigaciones en torno a la personalidad autoritaria fue, y continúa siéndolo en cierta medida, el marcado por el equipo de Adorno, que siguió una trayectoria psicométrica —factorial, sobre todo— hasta los años setenta, y se abrió luego crecientemente a las teorías de la atribución y del *locus* del control, que a su vez han confirmado que los individuos «desintegrados», «internalistas», «independientes del entorno», que sitúan el lugar causal de la conducta en su propia intimidad, son menos conformistas, menos con-

vencionales y soportan peor la pérdida de la libertad política que los «integrados», «dependientes de campo», «externalistas», etc. Cabría, ni que decir tiene, aludir a muchas otras escuelas y figuras de interés para el tema del autoritarismo, desde Lasswell, Bychowski, Loewenberg, Waite o tantos más, a los neofreudianos ya clásicos y a los nuevos, etc. Pero no es necesario. Dentro de lo razonable, parece bien establecido el hecho de que los militantes de base de los partidos fascistas participan, en mayor o menor grado, de los rasgos de personalidad apuntados más arriba. Lo que es menester averiguar ahora es si el comunismo y el fascismo difieren sólo en el contenido doctrinal de sus principios, pero se asemejan en la forma impositiva de aplicarlos, o si por el contrario el autoritarismo es una condición exclusiva de la extrema derecha y sólo de ella. Dicho aún de otra manera, ¿el fascista y el comunista varían sólo en sus actitudes sociales básicas, pero comparten el temperamento absolutista, la personalidad autoritaria que no tolera la disidencia política? ¿O por el contrario, el carácter impositivo, la intransigencia y la mano dura son atributos de los que la izquierda carece y sólo prosperan en la margen derecha de los movimientos políticos?

He ahí la cuestión que al ser planteada por Hans Eysenck, un judío alemán huído del nazismo en 1939, desató hace treinta años las furias de algunos sectores progresistas, poco dispuestos a aceptar la eventualidad de que la izquierda pudiera padecer un mal tan vergonzoso como el autoritarismo. *Eppure...* Y, sin embargo, ese es el caso.

#### EL TOTALITARISMO DE IZQUIERDAS (4)

En un estudio publicado en 1951, a raíz de una larga estancia en California, donde tuvo ocasión de discutir con Else Frenkel-Brunswik la inspiración jaenschiana de *La personalidad autoritaria*, el entonces joven profesor Eysenck se atrevió a sostener la tesis, cuidadosamente esquivada por Adorno, de que los miembros ordinarios del partido comunista deberían distinguirse de los fascistas por su posición en las escuelas de actitudes sociales primarias, pero no en lo relativo a la dureza mental o *tough-mindedness*, un concepto acuñado por William James para referirse a la dureza en las relaciones humanas y en todo lo tocante a la falta de contemplaciones para conseguir imponer la voluntad propia: un concepto equivalente a la postre al de la personalidad autoritaria. Según James, el tipo duro sería un ser

---

(4) Es increíble la penuria bibliográfica que padece el problema del totalitarismo de izquierdas. Una excepción notable, por lo demás muy criticada, es la a mi juicio recomendable monografía de H. J. Eysenck y G. Wilson, *The psychological basis of ideology* (M.T.P., 1978), en la que el lector hallará datos de interés, sugerencias importantes y alguna bibliografía pertinente, aunque no muy abundante. La perspectiva adoptada por estos autores es la del análisis factorial, en su versión británica, principalmente.

pragmático, desconsiderado, escéptico, mal pensado, materialista y, llegado el caso, francamente brutal en su manera de doblegar la resistencia del adversario. Referido a nuestro contexto, este síndrome temperamental —al que se opondría el de la mentalidad blanda, *tender-mindedness*— equivaldría como decimos al síndrome autoritario que mide la escala F. Eysenck entiende que ese síndrome es de origen genético, igual que lo haría un sociobiólogo, y supone que constituye el fundamento biopsíquico innato del estilo dictatorial, con independencia del signo conservador o progresista de la dictadura correspondiente. En su opinión, la dura intransigencia de los autoritarismos no conoce fronteras ideológicas; básicamente es la misma para los entusiastas de cualquier sistema totalitario o de cualquier dictadura.

En principio, la hipótesis parece razonable. Sólo que como todo el mundo sabe, o debería, las hipótesis precisan, por verosímiles que sean, de las comprobaciones empíricas; y en este sentido hay que decir que el profesor Eysenck se ha esforzado en comprobar que los miembros del partido comunista superan en dureza mental a los miembros de los demás partidos, con excepción de los fascistas. Concretamente, en un trabajo de 1972, Eysenck halló que, en efecto, con la excepción de siete miembros del extinto partido fascista de Mosley, que eran aún más duros que los comunistas, éstos aventajaban en sus puntuaciones de dureza a todos los demás grupos políticos de la muestra, en la que por lo demás abundaban los sujetos conservadores. En otras palabras, los comunistas eran muy de izquierdas en sus ideales políticos, pero a la vez muy autoritarios en la forma de llevarlos a la práctica. O sea, despotismo avanzado, totalitarismo de izquierdas o como queramos decirlo.

En general, los trabajadores propenden, como es sabido, al autoritarismo, esto es, son partidarios de la mano dura en cuestiones de orden público y de ofensas a la moral, independientemente del signo derechista o izquierdista de sus preferencias políticas. Excepto que, con excepción de los fascistas, los miembros del partido comunista acostumbran a ser más duros que el resto. Al menos esto es lo que parecen revelar los datos de Eysenck. No obstante, a la luz de las críticas que han suscitado sus investigaciones, convendría cualificar con cuidado esa conclusión general. Creo que las puntualizaciones que siguen dan una idea relativamente equilibrada del estado de la cuestión.

1) La mayoría de los estudios llevados a cabo durante los últimos treinta años en torno a este problema confirman la hipótesis de que los fascistas y los comunistas, tanto de clase obrera como de clase media, puntúan más alto que los sujetos de otras tendencias políticas, en la escala de dureza mental, de Eysenck, y en escalas de dogmatismo y rigidez como las propuestas por Rokeach en su obra *La mente abierta y cerrada* (5).

---

(5) M. ROKEACH. *The Open and Closed Mind*. Basic Books, 1960.

2) No obstante, en algunos trabajos ha creído advertirse que los comunistas tienen una personalidad autoritaria menos acusada que los fascistas, al menos en la escala F, de Adorno. Un estudio detallado de la cuestión ha revelado, sin embargo, que este efecto podría ser debido al hecho de que entre los comunistas ingleses hay bastantes judíos, los cuales, por supuesto, deberían rechazar con suma energía todas las cuestiones antisemitas de la escala F. En efecto, una vez eliminadas tales cuestiones, los comunistas ingleses resultan ser igual de autoritarios que los fascistas. En este aspecto, lo único que les diferencia es el antisemitismo. Por lo que hace a la imposición de las ideas propias sin reparar en medios, no parece haber grandes diferencias.

3) Parece haberlas, en cambio, en otros aspectos. Comunistas y fascistas resultan ser más enfáticos de lo normal en la forma de responder a los cuestionarios de actitudes sociales, esto es, marcan sus respuestas con dos o tres signos afirmativos, o negativos, en lugar de con uno, tienen menos dudas y las ideas más «claras» en lo que respecta a los problemas capitales de la humanidad, etc. Excepto que a la hora de defender sus opiniones en un debate, o de justificarlas racionalmente, el comportamiento de los fascistas suele ser más declarativo y pasional que el de los comunistas, que por lo común adoptan posturas más sistemáticas y razonadas. De hecho, los fascistas suelen ceder con más facilidad que los comunistas ante la dialéctica del adversario, sea por estar menos preparados que ellos, por ser menos dogmáticos o sencillamente porque el fascismo carece de un respaldo filosófico comparable al del marxismo.

4) Respecto de la intolerancia de las situaciones ambigüas y la rigidez cognitiva, perceptual y de pensamiento, ambos grupos, comunistas y fascistas, tienden a superar a la población general en sus puntuaciones, o sea, ambos propenden a dicotomizar las situaciones, ambos acostumbran a hacer categorizaciones tajantes, en los excluyentes clarososcuros de «o esto o lo otro», «una de dos», etc., y recurren con frecuencia al maniqueísmo en las discusiones: es decir, con mayor intensidad y frecuencia que los demás. Este extremo viene a confirmar la tesis de Jaensch referente a la «firmeza» del pensamiento totalitario, en comparación con las vacilaciones y dudas del voluble *Gegentypus*, esto es, de los intelectuales «decadentes» que pueblan el mundo democrático. El contratipo liberal discurriría así por las esferas imaginarias y no comprometidas de la teoría, mientras el nazi integrado orientaría firmemente su acción por el camino concreto del partido, aunque a su «praxis», en comparación con la del militante comunista, le sobraría pasión y le faltaría racionalidad.

5) Según Erik Erikson, una característica distintiva de la psicología bolchevique fue, cuando menos en un primer momento, una actitud mental en la que contaban «una gran cautela crítica, una paciencia indestructible, un inmenso cuidado en la evitación del error, una madurez suma en la intención y, finalmente, la acción» (6).

---

(6) E. ERIKSON. *Childhood and Society*. 2.<sup>a</sup> edic., Norton, 1963.

Estas características son, a juicio de este psichistoriador, las que distinguirían al bolchevique del tipo ruso tradicional, propenso a la alternativa de fases de apatía, o depresión, y estallidos de violencia pasional. Y acaso también, agregamos nosotros, esos rasgos reflejarían las diferencias de racionalidad y vitalismo que apuntábamos en el párrafo anterior. El autoritarismo del fascista sería más impulsivo, en suma, que el autoritarismo del comunista: más directo y primitivo, menos sutil y *sistemático*. Y por lo tanto, menos totalitario.

6) En lo tocante al grave problema de la agresividad y la voluntad de dominio, los dos grupos superan asimismo la media de la población en escalas de este tipo, si bien con matices diferenciales que es menester señalar. En las escalas de agresividad directa, las puntuaciones de los fascistas superan con mucho —los índices de significación son superiores a veces al 1 por 1000 de probabilidad— a las puntuaciones de los comunistas, los cuales, en cambio, aventajan a los fascistas en agresiones *socializadas*, esto es, más indirectas, más sutiles y «razonables» que el exabrupto o la violencia física. Dicho de otra forma, la dosis de maquiavelismo —una dimensión del comportamiento político que ha operativizado hasta cierto punto Richard Christie—, la dosis de maquiavelismo del militante comunista es, de ordinario, superior a la del fascista. Sus acciones agresivas las ejecuta con mayor frialdad, sin animosidades personales, como en una *business like manner*, profesionalmente, casi de modo sublimado, al servicio de un fin superior que justifica de alguna forma los medios, o sea, las famosas e incómodas «mediaciones» del marxismo. Por contra, insistimos, la agresividad del fascista de base suele estar menos elaborada, acostumbra a ser más espontánea y regresa con cierta facilidad a niveles primitivos de acción. Tal vez, insisto, debido al menor grado de racionalidad de la doctrina por la que se siente atraído.

7) En cuanto al fatalismo y la creencia en poderes ocultos que gobiernan el destino de los hombres, también hay diferencias entre fascistas y comunistas. El determinismo histórico de que están imbuidos los sujetos comunistas —convencidos hasta la raíz de que los vientos y el sentido de la historia soplan a su favor— difiere efectivamente del vitalismo irracional que asoma con tanta frecuencia en las posiciones fascistas. El «*gefaerhlich zu leben*», o el «*vivere pericolosamente*», asumidos por Hitler y Mussolini como herencia de Nietzsche, son del todo ajenos al pragmatismo frío y calculador de los cuadros del aparato comunista y del método de análisis marxista, donde asimismo la figura del héroe —tan cerca por lo demás del espíritu germánico— ocupa el lugar ocasional que conviene, y nada más. Lo que algunos psicólogos actuales llaman el *locus* del control, el lugar de donde arrancan o brotan las determinaciones del comportamiento, también lo sitúan los comunistas fuera de la pura individualidad, como lo haría un nazi: en este sentido, el comunista también es un tipo integrado en la organización social. Excepto que ni su organización es nacionalista —no se define por la tierra y la sangre como la del nazi—, ni se

sitúa en la trascendencia o en las profundidades del instinto, sino que se dice inmanente a la historia de la humanidad, a la actividad social del género humano, encabezada, eso sí, por el aparato del partido. En último extremo, ni siquiera la Historia, con mayúscula, es para el marxista algo distinto de la actividad del hombre. Como advierte el propio Marx, «la *Historia* no hace nada, ni posee riquezas, ni libra batallas: es el *hombre*, el hombre vivo y real, el que lo hace todo, el que posee las cosas y lucha por ellas» (7).

8) Asimismo conviene hacer notar que en el autoritarismo de derechas, en el fascista y en el nacional socialista, se da una evidente coherencia entre el vitalismo de la doctrina —darwinismo social, exaltación de la fuerza, supervivencia del más apto, etc.— y la dureza de los métodos utilizados para llevarla a la práctica. La doctrina se acompasa aquí con su instrumentación: el contenido y los procedimientos se compaginan bien. Por el contrario, en la modalidad comunista del totalitarismo, el fondo y la forma, o mejor dicho, la teoría y la práctica, se contradicen flagrantemente en aspectos capitales, ya que para conseguir la libertad se la suprime y para mejorar la sociedad de un mañana incierto se esclaviza y explota a la de hoy. Dicho con brevedad, las metas doctrinales del totalitarismo de izquierda contrastan duramente con los procedimientos —ya crónicos— de que se echa mano para alcanzarlas. Utopía y realidad contrastan escandalosamente en el totalitarismo marxista, mientras que en las dictaduras fascistas la razón de la fuerza se compagina estupendamente con la idea despectiva que se tiene de la naturaleza humana. Sin pretender trivializar la cuestión, habría que concluir, no obstante, que el ideal de la igualdad universal y la sociedad sin clases a lo que menos recuerda es a la falta de libertad, y a la nomenclaturización, valga el neologismo, que imperan en los sistemas totalitarios como la Unión Soviética, la República Democrática Alemana, la dictadura de Fidel Castro y la interminable letanía de regímenes opresivos de izquierdas que omito en atención al lector. Probablemente, esta contradicción se hará sentir de alguna manera en la personalidad totalitaria de izquierdas, mucho más obligada que la de derechas a salvar las apariencias de racionalidad en sus acciones de fuerza y también, pienso yo, más forzada a convertirlas en sistema, a «sublimarlas» en estructuras sociales permanentes, que operen sin escándalo y sin prisas, pero asimismo sin pausa. La mayor estabilidad de los totalitarismos de izquierdas, respecto de los de derechas, se corresponde en mi opinión con esta mayor exigencia de racionalizar la fuerza que posee la personalidad autoritaria del marxista convencido.

9) Por último, tal vez convenga reparar en un hecho cuya importancia creo decisiva en toda esta cuestión. Me refiero al hecho de que la inteligencia humana se halla penetrada de una profunda *exigencia de totalización*, que es la que configura y da sentido a lo que entra por los sentidos. Exigencia que acaso se sienta especial-

---

(7) MARX-ENGELS. *Gesamtausgabe*, I, iii, 625.

mente correspondida por la oferta totalitaria que ofrecen los regímenes marxistas. Probablemente sea aquí, en esta correspondencia de ofertas y demandas totalizadoras, donde radique la clave, o una de las claves psicológicas de la evidente atracción que tantos intelectuales han experimentado ante los totalitarismos de uno y otro signo. La mayoría de los intelectuales italianos, excepto unos pocos, se alinearon con el fascismo, llenos de entusiasmo, en un primer momento, y algo semejante ocurrió con el nacional socialismo. De lo ocurrido con la *intelligentzia* rusa en los albores de la revolución, y con la intelectualidad europea después de la victoria aliada de 1945, poco hay que decir, porque es historia sobradamente conocida. Las soluciones políticas totales no sólo resultan atractivas para el militante fascista inculto y poco inteligente. Es cierto que entre las puntuaciones en la escala F y el Cociente Intelectual existe una correlación apreciable —negativa, claro—, de tal manera que los más autoritarios suelen ser menos inteligentes que los permisivos. Excepto que esta correlación negativa no excluye la existencia de unas minorías inteligentes, deslumbradas unas por el espejismo de los grandes sistemas, omniscientes y omnipotentes, y decididas otras a trepar a cualquier precio, acudiendo como siempre en ayuda del vencedor. Los intelectuales no suelen distinguirse por la resistencia de su espina dorsal, ni por su capacidad de alcanzar el poder; abundan entre ellos los desclasados, los resentidos, los marginados. Se comprende que la cobertura de un sistema absoluto, capaz de vencer las resistencias irracionales al progreso, juntamente con el deseo de salvar al de abajo contra el de arriba, sea uno de los motivos profundos que subyacen a la tentación totalitaria del intelectual de izquierdas. El *compelle intrare* agustiniano y el jugar a demiurgo de un despotismo ilustrado todopoderoso, son bazas que cuentan mucho en este asunto.

Pero ésta es ya una complicada historia que habrá de quedar para otra ocasión. De momento es suficiente con haber intentado mostrar que la izquierda es tan capaz como la derecha, por lo menos, de aliarse con el autoritarismo. Y hasta de hacerlo de forma más sistemática. Y más duradera también.